

Viaje sentimental

Laurence Sterne

Viaje sentimental por Francia e Italia

Traducción y postfacio de
Juan Max Lacruz Bassols



Primera edición: abril de 2006

Título original: *A Sentimental Journey through France and Italy*

© de la traducción y del postfacio, Max Lacruz Bassols, 2006

© de la ilustración interior, Aifos Álvares, 2006

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2006
c/ Alberto Aguilera, 8 20815 Madrid

www.funambulista.net

ISBN: 84-96601-06-4

Dep. Legal: M-

Coordinación editorial y diseño: Enrique Redel

Motivo de la cubierta: Richter. *Paseo en barca a Schreckenstein*

Impresión: Eurocolor

Producción gráfica: Procograf

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

DRAMATIS PERSONÆ



<i>Yorick, el Viajero Sentimental.</i>	<i>La fille de chambre de Madame R.</i>
<i>Padre Lorenzo, monje franciscano.</i>	<i>Un caballero de Saint Louis.</i>
<i>El hotelero Desein.</i>	<i>El marqués de E.</i>
<i>Madame de L.</i>	<i>El conde de B.</i>
<i>La Fleur, criado de Yorick.</i>	<i>Un casero parisiense.</i>
<i>El dueño del burro muerto.</i>	<i>Una muchacha que vende encajes.</i>
<i>La mujer del vendedor de guantes.</i>	<i>Un mendigo adulator.</i>
<i>Un viejo oficial francés.</i>	<i>Maria, una mujer enloquecida.</i>
<i>Un alemán muy alto.</i>	<i>Un campesino francés y su familia.</i>
<i>Un enano.</i>	<i>Una dama piamontesa.</i>
<i>La marquesita de F.</i>	<i>Su fille de chambre.</i>



Viaje sentimental
por Francia e Italia



escrito por Mr. Yorick

—**E**stas cosas —dije— las tienen mejor organizadas en Francia.

—¡Ah! ¿ha estado en Francia? —preguntó el caballero que hablaba conmigo, volviéndose al punto con la expresión más cortésmente triunfal que imaginarse pueda.

—Es curioso —observé, mientras iba cavilando— que una simple travesía de veintiuna millas, pues no hay ni una más entre Dover y Calais, pueda otorgar semejantes derechos a un hombre. Es algo que me propongo examinar.

Abandoné en este punto el debate, decidido a comprobarlo por mí mismo; corrí a casa e hice mi equipaje con media docena de camisas y un par de calzones de seda negra.

La casaca puede pasar, me dije examinando una de las mangas.

Tomé asiento en la diligencia de Dover, el paquebote se hizo a la mar a las nueve de la mañana y a las tres de la tarde me hallaba sentado delante de un *fricandó* de pollo, y tan indiscutiblemente en tierras de Francia que si aquella noche me hubiera muerto de indigestión, nada ni nadie en el mundo hubiese podido suspender los efectos del *Droit d'Aubaine*,* con arreglo al cual mis camisas, mis calzones de seda negra y, en definitiva, todo mi equipaje hubiera pasado a manos del rey de Francia, y hasta el pequeño retrato que llevo hace tanto tiempo conmigo —que tantas veces te he dicho, Eliza, me acompañará hasta la sepultura— me lo hubieran arrancado del cuello. ¡Qué total falta de generosidad! Apoderarse así de los despojos de un incauto extranjero al que vuestros mismos súbditos han atraído a estas playas es cosa —¡por Dios, *Sire!*— que no está nada bien. Y ciertamente me appena tener que dolerme de ello frente al monarca de un pueblo tan civilizado y cortés, así como tan renombrado por su exquisita sensibilidad y sus delicados sentimientos.

Mas apenas puse el pie en vuestros dominios...

* Todos los efectos de los extranjeros (exceptuados suizos y escoceses) que morían en Francia eran embargados en virtud de esta ley, aunque el heredero se encontrase presente: el beneficio de tales contingencias estaba arrendado y no cabía apelación alguna.— (*N. del A.*) [*Todas las notas son del traductor, salvo las del autor, que así se indican.*]

Calais

Cuando hube terminado de comer, después de brindar a la salud del rey de Francia —dejando así satisfecha mi conciencia de no guardarle el más pequeño resentimiento, pues al contrario, honraba lo humano y afable de su trato—, me sentí una pulgada más alto.

No, la raza de los Borbones no es cruel, pensé; podrán equivocarse como todo el mundo, pero lleva la dulzura en la sangre.

Y, mientras lo decía, sentía en las mejillas como un flujo más suave, cálido y cordial que el que pudiera haberme producido el Borgoña que acababa de apurar, un vino de por lo menos dos libras la botella.

—¡Santo Dios! —exclamé, apartando a un lado la maleta de un puntapié—. ¿Qué hay en el mundo que pueda

turbar nuestros espíritus y causar las crueles divisiones que en todas partes separan a los hombres, incluso a los más bondadosos de corazón? Cuando el hombre está en paz con el hombre, el más pesado de los metales es, en su mano, más leve que una pluma; confiado saca su bolsa, la sostiene abierta en la mano, y mira en torno como buscando con quién compartirla.

Y al pensarlo, sentía yo dilatarse las venas, mis arterias latían en acorde gozoso, y todas las potencias sustentadoras de la vida cumplían su misión con tan poco esfuerzo que la más pragmática de las *précieuses** de Francia, con todo su materialismo, apenas hubiese podido decir de mí que era una máquina.

Estoy seguro de que trastornaría todas sus creencias, me dije.

Esta nueva idea me exaltó hasta el grado máximo. Y si antes ya me sentía en paz con el mundo, esto acabó de reconciliarme conmigo mismo.

—Si en este momento fuese yo el rey de Francia —exclamé—, ¡qué oportunidad para el huérfano que viniese a rogarme la restitución del equipaje de su padre!

* Damas francesa afectadas y falsamente intelectuales del s. XVII

El fraile (*Calais*)

Apenas hube musitado estas palabras cuando un pobre fraile de la Orden de San Francisco entró en la sala pidiendo limosna para su convento... No gusta al hombre que sus virtudes estén sujetas a la contingencia del azar —o acaso un hombre es generoso como otro es poderoso—, o *sed non quoad hanc...* ¡o sea lo que fuere! Lo cierto es que el flujo y reflujo de nuestro humor no es algo que pueda razonarse: tal vez depende de las mismísimas causas que influyen en las mareas, y tengo para mí que en modo alguno es un desdoro para nosotros... Por mi parte, preferiría una ocasión en que se dijera: «Ha sufrido influencia de la luna», en lo cual no hay vergüenza ni pecado, a tener que oír que ese mismo acto —en el cual podría haber mucho de una cosa y de otra— se achacaba a mi propia voluntad.

En cualquier caso, tan pronto me fijé en el fraile, decidí no darle un miserable *son* y, de acuerdo con tal decisión, guardé mi bolsa en el bolsillo, me abroché, me enderecé, rehice mi compostura y avancé hacia él con gravedad. Temo ahora, es cierto, que en mi actitud hubiera algo de repulsivo. Me parece estar viendo la cara del pobre fraile, y creo que se merecía mejor recibimiento.

A juzgar por los ralos cabellos que cruzaban el círculo de su tonsura —escasos y blanquecinos en las sienes, y los únicos que le quedaban—, el monje debía de tener setenta años... Aunque atendiendo al fuego de su mirada —más templada, al parecer, por la cortesía que por la edad—, bien podría tener sesenta. ¿O acaso la verdad estaría en el justo medio? Sí, sin duda, debía de tener sesenta y cinco, y su aspecto general así parecía confirmarlo a pesar de las prematuras arrugas que alguna causa oculta había grabado en su rostro.

Era un rostro de aquellos que Guido pintara tantas veces —pálido, suave, penetrante—, ajeno a las ideas vulgares y lugares comunes propios de la ignorancia satisfecha, mirando siempre hacia el suelo. El suyo miraba ante sí, como si viese algo, más allá de este mundo... Cómo es posible que aquella cabeza fuera a parar a un individuo de su Orden es algo que sólo sabe el Cielo, que la puso sobre sus hombros; hubiera correspondido perfectamente a la de un brahmán de la India,

y si yo la hubiera encontrado en las llanuras indostánicas, la hubiese reverenciado sin duda alguna.

El resto de su figura puede pintarse con dos o tres pinceladas, y está al alcance de cualquiera, pues no era elegante ni tenía otra cosa de notable más que el carácter y la expresión. Era una figura esbelta, de estatura algo más elevada de lo habitual, y a la que cierta inclinación hacia delante —aunque ésta sea la actitud natural en quien mendigue— le quitaba distinción. Ahora que le tengo presente en la imaginación, esa actitud le hace ganar más que perder ante mis ojos.

Avanzó tres pasos por la sala, se detuvo y se llevó la mano izquierda al pecho. En la mano derecha llevaba un bastoncillo blanco, su bordón de viaje. Una vez ante mí, y al irme a acercar yo a él, se me presentó con la consabida historia de las necesidades de su convento y de la pobreza de su Orden; todo esto con una graciosa sencillez y con un aire tan suplicante en la actitud, el rostro y la persona que ni embrujado hubiera podido resistirme...

Pero yo tenía una razón mejor para ello: mi anterior propósito de no darle ni un miserable *sou*.

El fraile (*Calais*)

—**B**ien cierto es —dije contestando a la mirada dirigida al cielo con que terminó su discurso—, es verdad, quiera el cielo ser amparo de los que no cuentan con otra cosa más que con la caridad de este mundo... que temo no sea suficiente para las muchas y grandes peticiones que se le hacen a todas horas.

Al pronunciar yo las palabras «grandes peticiones», el fraile lanzó una rápida mirada a la manga de su hábito, y yo entendí en toda su elocuencia la muda indicación.

—Entiendo perfectamente —le dije— que un hábito tan basto y sólo cada tres años, y una comida exigua no sean grandes exigencias; pero lo que en verdad causa pena es que pudiendo ganarse todo eso en el mundo con tan poco esfuerzo, vuestra Orden tenga que procurárselo echando

mano de un fondo que, en realidad, es propiedad del cojo, del ciego, del anciano, del enfermo y, sobre todo, del cautivo que yace en su mazmorra contando, día tras día, las horas de su aflicción, y que languidece esperando su parte con la que poder pagar el rescate. Si al menos fuera de la Orden de la Merced en vez de la Orden de San Francisco, yo, a pesar de mi pobreza —continué, señalando mi maleta—, abriría de buena gana mi bolsa para contribuir al rescate de esos desdichados.

El fraile se inclinó en una reverencia.

—En cuanto a los otros desdichados —seguí diciendo—, considero que los pobres de nuestro propio país deben ser, indudablemente, los primeros, y yo he dejado muchos miles de pobres en nuestras playas de Inglaterra...

El fraile movió cordialmente la cabeza como si quisiera decir: «No hay duda de que hasta en el último rincón del mundo hay mucha miseria, tanta como en nuestro convento».

—Pero hay que distinguir —dije, poniendo la mano sobre la manga de su hábito en respuesta a su mirada—, hay que distinguir, Padre, entre los que sólo desean comer el pan ganado con su propio trabajo y los que desean comerse el pan ganado con el trabajo ajeno, sin otro objetivo que el de abrirse camino en la vida arrastrándose entre la ignorancia y la mendicidad... «por el amor de Dios».

El pobre franciscano no contestó; súbitamente se le arrebolaron las mejillas, pero el color no tardó en desvanecerse. La naturaleza le había hecho, por lo visto, inepto para el resentimiento, pues no mostró el más mínimo; dejó caer su bordón entre los brazos, cruzó las manos con resignación sobre el pecho, y se retiró.

El fraile (*Calais*)

En el mismo instante en que cerró la puerta se me encogió el corazón.

—¡Bah! —dije con indiferencia tres veces seguidas.

Pero de nada me sirvió. Una y otra vez volvían a mi imaginación cada una de las sílabas de las poco amables palabras que acababa de pronunciar. Me dije que el único derecho que tenía ante el pobre franciscano era negarle mi limosna, y que bastante era el castigo de esta negativa para sostener la necesidad de añadirle además unas palabras tan poco amables. Recordé sus cabellos grises, su figura cortés, me parecía como si volviese a entrar, preguntándome gentilmente qué daño me había hecho para que le tratase así... Hubiese dado veinte libras por tener a mano un intercesor para mi causa.

—¡Qué mal me he portado! —me decía una y otra

vez—; no he hecho más que empezar mis viajes, y en el curso de ellos he de ir aprendiendo mejores modales.

La «*désobligeante*»
(*Calais*)

El que un hombre esté descontento consigo tiene, al menos, una ventaja: hallarse en muy excelente disposición para lograr un buen trato. Así pues, y dado que no hay manera de viajar por Francia e Italia sin una silla de postas, y como la naturaleza nos conduce, por lo general, hacia aquello que más nos conviene, bajé al patio de carruajes para comprar o alquilar el que necesitaba. En el rincón más alejado del patio vi una vieja *désobligeante*,* con la que me encapriché a primera vista; me subí a ella al punto, y hallándola en tolerable armonía con mi estado de ánimo, ordené al criado que llamase a Monsieur Dessein, el dueño de la

* Carruaje estrecho con una única banqueta. «*Désobligeante*», esto es, «descortés» por su estrechez y supuesta incomodidad.

hospedería; pero Monsieur Dessein se había ido a vísperas y, no atreviéndome a enfrentarme de nuevo con el franciscano, al que vi al otro lado del patio en animada conversación con una dama recién llegada a la hospedería, corrí la cortinilla de tafetán entre ellos y yo; y habiendo decidido describir mi viaje, saqué pluma y tintero y redacté el prefacio en la *désobligeante*.

Prefacio en la «*désobligeante*»

Más de un filósofo peripatético debe de haber observado que la Naturaleza, con su propia e indiscutible autoridad, ha puesto ciertos límites y barreras al descontento de los hombres; y ha realizado este propósito del modo más sencillo: imponiéndole al hombre la ineludible obligación de trabajar para ganarse el sustento y de aguantar los reveses de fortuna en su propia patria. Sólo en esta última le ha otorgado los objetos adecuados para participar de su dicha o para ayudarle a soportar el peso de la desgracia, que, en todos los tiempos y países, ha sido un fardo demasiado pesado para un solo par de hombros. Ciertamente es que también hemos sido dotados de una imperfecta facultad para repartir algunas veces nuestra dicha más allá de los límites de nuestra patria, pero es indudable que el desconocimiento de los idiomas, la falta de rela-

ciones, las diferencias de educación, costumbres, hábitos nos ponen tantas dificultades para expresar nuestras sensaciones fuera de nuestra propia esfera que, a veces, ese don queda anulado por completo.

De ahí que la balanza del comercio sentimental resulte siempre contraria al aventurero expatriado, pues éste tiene que comprar cosas que apenas necesita al precio que le piden; pocas veces su conversación se acepta a cambio de la de los demás sin un notable descuento y, muchas veces ello le obliga a buscar interlocutores más equitativos para la pobre conversación de que dispone. No se requieren, en fin, grandes dotes de adivinación para comprender su malestar...

Y esto me lleva a mi propósito, que es escribir (si el balanceo de la *désobligeante* me lo permite) acerca de las causas eficientes y de las causas finales de los viajes.

Los ociosos que dejan su país natal para ir al extranjero tienen su razón (o sus razones), que se derivan todas de una de estas causas generales:

Infermidad del cuerpo.

Imbecilidad de la mente o

Necesidad inevitable.

Las dos primeras abarcan a todos cuantos viajan por mar o por tierra, movidos por la curiosidad, la vanidad o el *spleen*, subdivididos y combinados *ad infinitum*.

La tercera categoría comprende todo el ejército de los peregrinos mártires, y muy especialmente a los que viajan con beneficio de clerecía; a los delincuentes, que viajan bajo la dirección de los gobernadores y encomendados por los magistrados... y a los jóvenes gentileshombres, a quienes trasladada al exilio la crueldad de padres o tutores y que viajan bajo la vigilancia de ayos recomendados por Oxford, Aberdeen o Glasgow.

Hay todavía una cuarta categoría de viajero, pero su número es tan escaso que no merecería mencionarse salvo si en una obra de la naturaleza de ésta fuese imprescindible observar la mayor precisión y minuciosidad, a fin de evitar confusiones entre los caracteres. Me refiero a los hombres que cruzan los mares y van a establecerse en tierras extrañas con intención de ahorrar dinero, por varias razones y con variados pretextos; ahora bien, seguramente se hubieran ahorrado y hubieran evitado a los demás muchas molestias innecesarias quedándose a ahorrar el dinero en su país, y como sus motivos de viajar son menos complejos que los de las otras clases de viajeros, designaré a estos caballeros con el nombre de:

Viajeros simples.

Así, el ciclo completo de los viajeros puede reducirse a las siguientes categorías:

Viajeros ociosos.

Viajeros curiosos.

Viajeros mentirosos.

Viajeros orgullosos.

Viajeros vanidosos.

Viajeros melancólicos.

Siguen a éstos los *viajeros por necesidad*.

Viajeros delincuentes y felones.

Viajeros desgraciados e inocentes.

El *viajero simple* y por último (con vuestro permiso), el *viajero sentimental* (es decir, yo mismo), que ha viajado —según ahora voy a relatar— tanto por imperiosa *nécessité* como por *besoin de voyager*,* ni más ni menos que cualquiera de los de esta categoría.

No se me oculta, al mismo tiempo, que siendo mis viajes y mis observaciones de estilo diferente a las de todos mis predecesores, bien podía haberme clasificado en una distinta y única categoría; mas ello sería ciertamente meterme en el terreno del *viajero vanidoso*, empeñándome en llamar la atención sobre mi persona, sin mayor mérito que la *nouveauté de mon véhicule*.**

Si el lector ha viajado alguna vez, le bastará un poco de estudio y reflexión para determinar cuáles son su puesto y categoría en el catálogo, y esto supondrá algo de avance en el

* Necesidad de viajar.

** La novedad de mi vehículo.

camino del propio conocimiento, si es que conserva todavía algún matiz o semejanza de lo adquirido o asimilado en sus viajes.

El hombre que transportó la primera cepa de Borgoña al Cabo de Buena Esperanza (es de notar que era un holandés) no soñó jamás beber en el Cabo el mismo vino que la misma cepa producía en las colinas de Francia —era, para ello, demasiado flemático—, pero sin duda esperaba beber alguna clase de licor vinoso; malo, bueno, o regular, el holandés conocía demasiado el mundo para saber que esto no dependía de su voluntad y que, en general, lo que llamamos azar decidiría de su éxito. Sin embargo, esperó lo mejor, y, en esta esperanza, por una ilimitada confianza en la solidez de su cabeza y en la profundidad de su prudencia, *Mynheer* perdió probablemente una y otra cosa en su nueva viña, y al descubrir su desnudez, fue objeto de las burlas de su propia gente.

Lo mismo puede ocurrir al pobre viajero que, por tierra o por mar, recorre los reinos más civilizados del globo, en busca de sabiduría y provecho.

Sabiduría y provecho pueden, sin duda, adquirirse recorriendo mares y tierras; mas que el conocimiento resulte útil y el provecho sea verdadero, es ya una lotería —y, aun cuando el aventurero sea en ella afortunado, ha de usar el capital adquirido con precaución y sobriedad, para sacar la correspondiente ventaja.

Sucede, sin embargo, que abundan en tal medida las probabilidades en contra —tanto respecto a la adquisición como a la aplicación— que, por mi parte, creo que obrará sabiamente quien pueda contentarse con vivir sin sabidurías ni provechos extranjeros, sobre todo si vive en un país donde no tenga absoluta necesidad ni de una ni de otra cosa. Pues, en verdad, me ha apenado observar la cantidad de pasos que el viajero curioso ha de dar para ver cosas y hacer descubrimientos, que, como decía Sancho Panza a Don Quijote, hubiera podido ver y descubrir sin moverse de casa. Estamos en un siglo de tantas luces que no existe un país ni un rincón en Europa cuyos rayos luminosos no se entrecrucen y se intercambien con los de los demás. La sabiduría, en sus diferentes ámbitos y aspectos, es como la música en las calles italianas: puede disfrutarse de ella sin pagar nada. Con todo, no hay nación ninguna bajo el Sol —y sea Dios testigo (Dios, ante cuyo tribunal he de comparecer algún día para dar cuenta de esta obra) de que lo digo sin intención de vanagloria—, no hay nación en el mundo que, como la nuestra, abunde tanto en variedad de conocimientos; donde las ciencias sean más fructíferamente cultivadas ni más seguramente conquistadas; donde el arte esté mejor protegido ni pueda elevarse a cimas más altas; donde la naturaleza (observándola en su conjunto) deje menos que desear, y, para concluir, donde haya más ingenio ni más variedad de caracteres con que nutrir el espíritu.

—¿Adónde van, pues, queridos compatriotas?

—Mirábamos simplemente la silla de postas —me contestaron.

—Soy su más humilde servidor —contesté, saltando del vehículo y quitándome el sombrero.

—Nos preguntábamos —dijo uno de ellos, en quien reconocí a un *viajero curioso*— qué cosa podría causar su movimiento.

—La agitación natural —dije con frialdad— de estar escribiendo un prefacio.

—Jamás oí hablar —apuntó el otro, que debía ser un viajero simple— de un prefacio escrito en una *désobligeante*.

—Mejor hubiera resultado en un *vis-à-vis* —contesté yo.

Y como un inglés no viaja para ver ingleses, me retiré a mis aposentos.

Calais

Al encaminarme a mi habitación, advertí que algo más que mi propio cuerpo oscurecía el corredor; era, en efecto, Monsieur Dessein, el dueño de la hospedería que volvía de vísperas y que, con el sombrero bajo el brazo, me seguía, complaciente, para recordarme que le había mandado llamar. Escribir en el coche me había desilusionado un poco de la *désobligeante*, y Monsieur Dessein, al hablar de ella, se encogió de hombros como para indicar que no me convenía, lo cual me hizo inmediatamente imaginar que el coche debía pertenecer a algún *viajero inocente*, que, al regresar a su patria, se lo había confiado de buena fe a Monsieur Dessein para que sacara de él lo que pudiera. Cuatro meses habían transcurrido desde que terminada su carrera por Europa fuera a dar en un rincón del patio de la posada de Monsieur

Dessein; antes de salir, ya habían tenido que remendarla, y, aunque por dos veces se había hecho trizas en Mount-Cenis, la verdad era que no había aprovechado gran cosa de sus aventuras y que éstas le habían sentado bastante mal, especialmente la despiadada permanencia de varios meses en el rincón del patio de Monsieur Dessein.

Resultaba evidente que no podía decirse mucho en su favor, aunque sí algo, y como unas cuantas palabras podían remediar un poco su desdicha, me pareció odioso escatimárselas.

—Si yo fuera dueño de este hotel —dije, apoyando la punta del dedo índice en el pecho de Monsieur Dessein— tendría a gala deshacerme de esta desdichada *désobligeante*; ¿no le parecen acaso su balanceo un reproche cada vez que pasa a su lado?

—*Mon Dieu!* —exclamó Monsieur Dessein—. Yo no tengo ningún interés...

—Salvo el interés —repliqué— que tienen los hombres de cierta sensibilidad, Monsieur Dessein, en sus propias sensaciones. Estoy convencido de que para un hombre que siente el sufrimiento ajeno como si fuera propio, cada noche de lluvia —por mucho que trate de disimularlo— debe oprimirle el corazón. Usted, entonces, Monsieur Dessein, padece tanto como esta carroza.

He podido observar que ante un cumplido en el que hay

tanto de dulce como de amargo, un inglés se queda siempre indeciso, sin saber si tomarlo o dejarlo; pero un francés no se desconcierta jamás. Monsieur Dessein me hizo una profunda reverencia:

—*C'est bien vrai** —dijo—, pero, en este caso, yo no haría sino cambiar una preocupación por otra, y encima saldría perdiendo. Porque, estimado señor, imagine que le doy una silla de postas que puede hacerse trizas antes de llegar a la mitad del camino a París... Imagine lo que yo sufriría pensando en la mala opinión que de mí se haría un hombre de honor, y poniéndome —cómo me debería poner— a merced del castigo de un *homme d'esprit*.**

Era la exacta dosis correspondiente a mi propia receta; no podía por menos que tragármela. Devolví a Monsieur Dessein su reverencia y, sin más casuística, nos encaminamos a la cochera para examinar los vehículos disponibles que había en el almacén.

* Bien cierto es.

** Un hombre ingenioso.

En la calle (*Calais*)

Ha de ser nuestro mundo bien hostil por naturaleza para que un comprador, aunque no lo sea sino de una triste silla de postas, no puede salir a la calle para concluir el trato con su vendedor sin que ambos se encuentren, al punto, en el mismo estado de ánimo y se miren el uno al otro con los mismos furiosos ojos como si fueran a batirse en duelo en una esquina perdida de Hyde Park. Por mi parte, como soy mal espada-chín e indigno de medir mis fuerzas con Monsieur Dessein, sentí dentro de mí todo el torbellino de impulsos propio de la situación; miré a Monsieur Dessein una y otra vez; le miré mientras caminaba, de perfil...; después le miré *de face...*, * y

* De cara

advertí que tenía cara de judío; después, de turco; me disgustó su peluca... Y acabé maldiciéndolo, mandándolo al diablo.

¿Y todo esto ha de encendérseme en el corazón por una miserable suma de tres o cuatro luises de oro, como mucho, que es en lo más que podía engañarme?

—¡Baja pasión! —dije, volviéndome de pronto como hombre que, súbitamente, ha cambiado de idea—. ¡Baja y cruel pasión! Tu mano se alza contra todos los hombres, y las manos de todos los hombres se alzan contra ti...

—¡Dios no lo quiera! —dijo ella, llevándose la mano a la frente.

Pues al volverme, di de bruces con la dama a quien momentos antes había visto conversar con el fraile, y que, sin que nos diésemos cuenta, nos había seguido.

—¡Dios no lo quiera, en efecto! —asentí, ofreciéndole la mano.

Llevaba unos guantes de seda negra con los pulgares y los índices abiertos. Aceptó mi mano sin reservas y la conduje frente a la puerta de la cochera.

Monsieur Dessein acabó por enviar al diablo la llave, pues sólo tras darle cincuenta vueltas advirtió que había tomado una por otra. La dama y yo estábamos tan impacientes como él por ver la puerta abierta, y tan atentos al obstáculo que, casi sin darme cuenta, yo seguía sosteniendo la mano de la dama cuando Monsieur Dessein anunció que

antes de cinco minutos estaría de vuelta, y nos dejó solos y juntos, con las manos cogidas y de cara a la puerta de la cochera.

Ahora bien, un coloquio de cinco minutos en tal situación equivale a una conversación de varios siglos mirando a la calle. En este último caso, los objetos y hechos del exterior son motivo para la charla; cuando se tienen, en cambio, los ojos fijos mirando al vacío, la conversación ha de salir de dentro... Un solo momento de silencio, después de habernos dejado Monsieur Dessein, hubiera sido fatal para la situación; la dama, a ciencia cierta, se hubiese dado la vuelta. Inicié pues la charla, sin más pérdida de tiempo.

Y cuáles fueron las tentaciones que experimenté (pues no escribo para disculpar las debilidades de mi corazón, sino para dar cuenta de ellas) es lo que ahora voy a describir, con la misma sencillez con que las sentí entonces.

La puerta de la cochera (*Calais*)

Cuando le dije al lector que no quise salir de la *désobligeante*, por haber visto al fraile en animada conversación privada con una señora que acababa de llegar a la hospedería, le dije la pura verdad, pues es cierto que me impresionaron el aire y la figura de la dama con quien el fraile hablaba. Una sospecha me asaltó. Supuse que estaría él contándole lo que le había ocurrido conmigo; un no sé qué interior me lo decía... y deseé que el fraile se fuera a su convento.

Cuando el corazón vuela más allá del entendimiento, le ahorra al entendimiento infinitas penas. Estaba yo seguro de que la dama pertenecía a una categoría de seres superiores; sin embargo, dejé de pensar en ella y continué escribiendo mi prefacio.

Volví a sentir la misma impresión al hallarla en la calle;

la franqueza circunspecta con que me dio la mano mostraba, a mi entender, su excelente educación y su sentido común; y, mientras la acompañaba, noté como una placentera suavidad a su alrededor, que irradiaba calma sobre mi agitado espíritu.

¡Dios mío! ¡Qué grato sería dar la vuelta al mundo en compañía de esta criatura!

Aún no le había visto el rostro, pero no importaba; instantáneamente lo esboqué, y antes de llegar a la puerta de la cochera, mi fantasía había trazado toda la cabeza, complacida en hacer de ella nada menos que una auténtica diosa, acabada de surgir de las aguas del Tíber... Mas tú eres, ¡oh fantasía!, una maga siempre seductora y siempre seducida, y aunque nos engañes siete veces al día con tus imágenes y pinturas, pones en ello tal encanto y revistes a tus monstruos de tales angélicas y luminosas formas que sería más que doloroso romper contigo.

Cuando hubimos llegado a la puerta de la cochera, la dama apartó la mano de su frente y me dejó contemplar el original de mi retrato, un rostro de unos veintiséis años, de un moreno claro, transparente, arreglado con naturalidad, sin polvos ni colorete, acaso no de una belleza perfecta desde el punto de vista crítico, pero sí dotado de algo que, en el estado de ánimo en que yo me encontraba, me atraía mucho más: un rostro interesante.

Volví a fantasear, diciéndome que sus rasgos eran los de una viuda que hubiese ya remontado el primer paroxismo del dolor y empezara, suavemente, a reconciliarse con la pérdida del esposo... Si bien otras mil penas podían haber dejado iguales huellas. Deseé vivamente conocer sus pesares, y hasta me disponía a preguntarle (si el *bon ton* de la charla lo hubiese permitido, como en tiempos de Esdras): «¿*Qué vos aflige e Por que sois agitada? e ¿Qué es lo que así conturba vuestro ánimo?*».* En una palabra: sentí hacia ella una gran inclinación y resolví ofrecerle, fuera como fuere, mi cortesía, cuando no mis servicios.

Tales fueron mis tentaciones. Y dispuesto así a ceder ante ellas, me quedé solo con la dama: su mano en la mía y los rostros de ambos mirando a la puerta de la cochera, y más cerca de ella de lo absolutamente preciso.

* Citas de los dos primeros libros de Esdras: escritos apócrifos del Antiguo Testamento.

La puerta de la cochera (*Calais*)

—**C**iertamente ha de ser éste, bella dama —empecé diciendo mientras levantaba un poco su mano—, un raro capricho de la Fortuna; tomar de la mano a dos extraños, de diferente sexo, acaso procedentes de dos rincones distintos del globo, y, en un instante, colocarlos juntos en una situación tan cordial como la misma amistad apenas hubiera podido conseguir después de intentarlo durante un mes largo.

—Su reflexión muestra, Monsieur, hasta qué punto le confunde la aventura —dijo la dama—. Y la verdad es que cuando una ocasión es tal como la hubiéramos soñado, nada es tan inoportuno como aludir a las circunstancias que a ella concurren. Usted da gracias a la fortuna —continuó—, y tiene usted razón. El corazón lo sabía y estaba satisfecho, mas ¿quién que no fuese un filósofo

inglés hubiera mandado aviso al cerebro para revocar la sen-tencia?

Y al decir esto desprendió su mano de la mía, lanzándome, al mismo tiempo una mirada que me parecía más que suficiente comentario al texto.

Sin duda doy una pobre imagen de la flaqueza de mi corazón al confesar que sentí una pena que no habría sentido por más dignas causas. Me dolió perder el contacto de su mano, y la forma en que la había perdido no ponía, ciertamente, bálsamo de aceite ni de vino sobre mi herida. En toda mi vida había sentido el dolor de tal manera y semejante inferioridad.

Mas un corazón dotado de verdadera ternura femenina no se amilana —si no es momentáneamente— ante semejante derrotas. A los pocos segundos, la dama apoyó su mano en mi brazo, como si fuera a terminar su respuesta; y así, Dios sabe cómo, me encontré de nuevo en mi posición anterior.

Pero la dama no tuvo nada que añadir a lo dicho.

Entonces me dispuse a darle un giro distinto a la conversación, suponiendo —tanto por la espiritualidad de su súplica como por la moraleja desprendida del incidente referido— que me había equivocado al prejuzgar el carácter de la dama. Mas, cuando volvió el rostro hacia mí, vi cómo la malicia que animara su respuesta se había desvanecido; los músculos de su rostro se habían aflojado y de nuevo me

hallaba ante la expresión de tristeza y desamparo que, en un principio, despertó tanto mi interés. ¡Oh, melancolía! Al ver tanta vida presa del dolor, la compadecí con toda el alma; y, aunque ello pueda parecer ridículo a los corazones endurecidos, sentí impulsos de tomarla en mis brazos, de acariciarla y consolarla sin el más leve rubor, allí, en mitad de la calle.

La palpitación de las arterias hasta la punta de mis dedos, que estrechaban los suyos, debió de decirle lo que por mí pasaba; bajó los ojos... y siguió un breve silencio.

Temo haber hecho durante esos instantes algún ligero esfuerzo por oprimir más su mano, pues una sensación sutilísima rozó la palma de la mía; no precisamente como si ella fuera a liberar la suya, sino más bien como si pensara hacerlo... Así que, infaliblemente, la hubiera perdido una segunda vez, si el instinto más que la razón no me hubiese dictado el último recurso para peligros de esa índole: aflojar yo la presión, como si a cada instante fuese a dejarla de buen grado. Entonces ella siguió con su mano en la mía, hasta que Monsieur Dessein regresó con la llave. Entretanto di en pensar cómo podría deshacer la mala impresión que en mi contra debió de causar la historia del pobre fraile en su ánimo, caso de que él se la hubiera contado.

La tabaquera (*Calais*)

Cuando esta idea cruzó mi mente, el buen fraile estaba a unos seis pasos de nosotros y avanzaba un poco de lado, como si dudara de la conveniencia de acercarse. Al fin se detuvo, al llegar a nuestro lado, con aire decidido; tenía en la mano una tabaquera de asta, que me ofreció, abierta.

—Pruebe usted del mío —dije yo, sacando mi tabaquera (pequeña y de concha) y poniéndosela en la mano.

—Es excelente —dijo el fraile.

—Hágame entonces el favor —contesté— de aceptar la tabaquera y su contenido, y cuando tome un polvo de ella recuerde que es la ofrenda de paz de alguien que, si bien una vez le trató con dureza, no lo hizo con mala idea.

El pobre fraile se sonrojó hasta el escarlata.

—*Mon Dieu!* —exclamó, juntando las manos—. Usted nunca me ha tratado con dureza.

—No le creo capaz de semejante cosa —dijo la dama.

Me sonrojé a mi vez; y a la comprensión de los que saben sentir dejó el entender en virtud de qué emociones ocurrió tal cosa.

—Dispéñseme, Madame —repliqué—; es verdad que le he tratado duramente y sin la menor provocación de su parte.

—Es imposible —reiteró la dama.

—¡Dios mío! —exclamó el fraile, con un calor que parecía impropio de él—. La culpa fue mía, de mi indiscreción y mi exceso de celo.

La dama se opuso, y yo me uní a ella para sostener que era imposible que un espíritu tan equilibrado como el del fraile pudiera ofender a nadie.

Nunca se me había ocurrido que una discusión pudiera resultar cosa tan dulce y agradable para los nervios. Así lo sentí entonces. Después guardamos silencio, pero sin la menor sensación de ese absurdo malestar que, en tales casos, se apodera de las gentes cuando pasan diez minutos mirándose a la cara los unos a los otros, sin decir palabra. Entretanto, el fraile frotaba su tabaquera de asta contra la manga del hábito; y apenas le hubo arrancado cierto brillo, hizo una profunda reverencia y declaró que era demasiado tarde para detenerse

a dilucidar si la debilidad o la bondad de nuestros caracteres era lo que nos había enzarzado en la disputa, pero que —fuera lo que fuese— me rogaba que intercambiásemos las tabaqueras. Al decir esto me ofreció la suya, con una mano, mientras con la otra tomaba la mía; la llevó a los labios y con un raudal de bondad asomándole a los ojos se la guardó en el hábito y se fue.

Conservo todavía aquella tabaquera con el respeto con que guardaría los objetos rituales de mi religión para que ayudase a mi alma a elevarse y hacerse mejor. Rara vez salgo sin ella; y muchas son las veces en que he evocado la ponderación de espíritu de su antiguo dueño, su ejemplo que seguir por entre las batallas de la vida. No faltaron en su vida tales batallas, según supe al conocer su historia, hasta que, al llegar a los cuarenta y cinco años, mal recompensado por sus servicios militares, y hallándose a la vez desengañado en cuanto a la más tierna de las pasiones, abandonó a un tiempo la espada y el bello sexo, y se refugió en el santuario no tanto del convento como de su propio corazón.

Siento una gran pesadumbre al tener que añadir que durante mi última estancia en Calais, al preguntar por el Padre Lorenzo me dijeron que hacía cerca de tres meses había muerto, y que, de acuerdo con sus deseos, no le habían enterrado en su convento, sino en un pequeño cementerio perteneciente a éste, a unas dos leguas de distancia. Sentí

vivo deseo de contemplar el sitio donde reposaba; sentado junto a su tumba, saqué la tabaquera de asta, arranqué dos o tres ortigas que por allí crecían sin razón alguna... y todo ello me conmovió tan profunda y violentamente que rompí en un verdadero torrente de lágrimas. Pues soy, en verdad, tan débil como una mujer, y ruego al mundo que no sonría, sino que me compadezca.

La puerta de la cochera (*Calais*)

A todo esto, yo no había soltado la mano de la dama; y, después de retenerla tanto rato, hubiera sido incorrecto dejarla sin antes llevarla a mis labios. Así lo hice, y la sangre y la vitalidad que se habían desvanecido de su rostro afluyeron de nuevo.

En este momento crítico, los dos viajeros que me habían hablado antes en el patio pasaron junto a nosotros, y a juzgar por nuestras expansiones se les metió sin duda en la cabeza que debíamos ser, por lo menos, marido y mujer. Se detuvieron al llegar ante la puerta de la cochera, y uno de ellos —el identificado como *viajero curioso*— nos preguntó si saldríamos para París a la mañana siguiente.

Dije que sólo podía contestar por mí; y la dama añadió que ella iba a Amiens.

—Ayer cenamos allí —dijo el *viajero simple*.

—Si va usted a París —dijo el otro— tiene que pasar por esa ciudad.

Iba a darle un millar de gracias por su revelación de que Amiens estaba en el camino de París, mas habiendo sacado la humilde tabaquera de asta del fraile para tomar un polvo de rapé, me contenté con hacerles una muda reverencia y desearles un buen viaje a Dover. Y nos dejaron solos otra vez.

¿Qué mal habría ahora, me dije, en rogar a esta dama que aceptase la mitad de mi coche, ni qué contratiempo podría ello ocasionar?

Mas, ante tal proposición, todas las ruines pasiones y las bajas tendencias de mi temperamento se alarmaron.

—El contratiempo de necesitar un tercer caballo —me dijo la Avaricia— por el que habrías de desembolsar por lo menos veinte libras...

—No sabes ni siquiera quién es la dama —insinuó la Cautela...

—Ni qué complicaciones puede acarrearle —añadió la Cobardía.

—¡Ten cuidado, Yorick! —gritó la Discreción—; no diga la gente que has huido con una amante y que Calais ha sido el punto de reunión.

—Nunca después —murmuró la Hipocresía, muy bajito— podrías mirar al mundo cara a cara.

—Ni medrar en la Iglesia —apuntó la Mezquindad.

—Ni ser en ella más que un mísero prebendado —concluyó el Orgullo.

—Mas... es un acto de cortesía —dije yo.

Y como suelo obrar en virtud de mi primer impulso, y rara vez presto oídos a tales cábalas —que por otra parte, bien lo sé, no sirven sino para encerrar el corazón en un diamante—, me volví de pronto a la dama...

Pero ella se había escabullido, mientras en mi interior se argumentaban los pros y contras, sin que yo lo advirtiera, y cuando llegué a la decisión, ya se había alejado diez o doce pasos por la calle. La seguí, pues, a grandes zancadas, para hacerle la proposición con toda la elocuencia de que soy capaz; mas, al verla avanzar con la mejilla medio apoyada en la palma de la mano, con el breve y mesurado andar de la indecisión, y como seguía avanzando —pasito a pasito, los ojos fijos en el suelo—, se me ocurrió que ella debía, en su interior, juzgar la misma causa. ¡Dios la ayude!, me dije. Tal vez tiene alguna suegra o alguna tía beata, alguna vieja imbécil, en fin, a quien consultar sobre el caso... Y no queriendo interrumpir el proceso, y pareciéndome más galante abordarla por convicción que por sorpresa, me volví y empecé a dar breves paseos por delante de la cochera, mientras ella, por su lado, también paseaba, soñadora...

En la calle (*Calais*)

Al ver a la dama por primera vez, había yo decidido, en mi fantasía, que se trataba de un ser perteneciente a una categoría superior; como segundo axioma no menos indiscutible que el primero, decidí que era viuda y que llevaba sobre sí el peso de alguna aflicción. No fui más lejos; tenía suficiente base para una situación que me agradaba, y aunque la dama hubiese permanecido a mi lado hasta medianoche, yo habría sido fiel a mi primera hipótesis, considerándola según la idea que de ella me formara.

Mas, apenas se había alejado veinte pasos de mí cuando algo en mi interior reclamó nuevos y más detallados datos acerca de ella. Tal vez fue la idea de una próxima y más larga separación... O la posibilidad de no volver jamás a verla. Pues el corazón se aferra a salvar lo que puede, y yo

deseaba algún indicio que pudiera conducirme hasta ella, en el caso de que no la volviera a encontrar. Quería, en una palabra, conocer su nombre —el de su familia—, su situación; y puesto que ya sabía a dónde iba, me interesaba ahora conocer de dónde venía. Pero no podía en absoluto llegar a tal conocimiento. Me cerraban el paso cien pequeños escrúpulos. Tracé un montón de planes distintos; no era cosa, desde luego, de preguntárselo a ella directamente... No, no; eso era imposible.

Un afable capitancillo francés, que venía danzando por la calle, me mostró que lo que tanto me preocupaba era la cosa más sencilla de este mundo, pues irrumpiendo entre nosotros dos en el preciso instante en que la dama volvía a la puerta de la cochera, se me presentó solo, y, antes de acabar de hacerlo, me rogó le presentara a la señora. Yo no le había sido presentado a ella, por lo que, volviéndose a ella con la mayor desenvoltura, se las arregló a las mil maravillas y le preguntó si venía de París. No, ahora iba en aquella dirección, dijo ella.

—*Vous n'êtes pas de Londres?*

Replicó ella que no.

—Entonces, Madame..., debe venir de Flandes... *Apparemment, vous êtes flammande?...* —dijo el capitán francés.

La dama respondió que lo era, en efecto.

—*Peut-être de Lille?** —añadió él.

Y ella dijo que no era de Lille.

—¿Ni de Arras?... ¿Ni de Cambray?... ¿Ni de Gante?...
¿Ni de Bruselas?

Al fin la dama contestó que era de Bruselas.

El capitán dijo que había tenido el honor de hallarse en el bombardeo de Bruselas durante la última guerra; que la ciudad estaba admirablemente situada *pour cela*,** y se había mostrado llena de nobleza cuando los imperiales fueron dispersados por los franceses... La dama se inclinó, levemente, y después de relatar brevemente el hecho de armas y la parte que había tomado en él, el pequeño capitán solicitó el honor de conocer el nombre de la dama, y se inclinó, a su vez, en una reverencia.

—*Et Madame a son mari?**** —dijo, volviéndose, después de haber andado dos pasos.

Y sin aguardar respuesta, se alejó, danzarín, calle abajo.

Ni aun después de siete años de aprendizaje de los buenos modales, me hubiese yo sentido capaz de otro tanto.

* —¿Es usted de Londres?...

—[...] Al parecer, ¿es usted flamenca?...

—¿Tal vez de Lille?

** Para ello.

*** ¿La señora está con su marido?

La cochera (*Calais*)

Apenas nos había dejado el capitancillo francés, apareció, por fin, Monsieur Dessein, con la llave de la puerta de la cochera en la mano, y nos hizo entrar en su almacén de carruajes.

El primer objeto que llamó mi atención al abrir Monsieur Dessein la puerta de la cochera fue otra vieja y destartalada *désobligeante*; y aun cuando era fiel imagen de la que hacía apenas una hora me había atraído en el patio de la posada, su sola visión despertó en mí una sensación desagradable; pensé que sólo a un monstruo podía habersele ocurrido por vez primera la construcción de semejante armatoste; y no me hice una idea más benévola de a quién se le ocurriría utilizarlo.

Observé que la dama parecía tan poco entusiasmada como yo; así, Monsieur Dessein nos enseñó otros dos co-

ches, colocados uno al lado del otro, y que estaban arrinconados, diciéndonos, como gran recomendación, que habían sido adquiridos por Milord A y B para hacer el *grand tour*, pero que no habían pasado de París, por lo cual, en muchos aspectos, podía decirse que eran nuevos. Eran demasiado buenos, por lo que pasé a examinar un tercero, que estaba detrás, y empecé a regatear.

—Pero... si a duras penas caben dos personas —dije, abriendo la puerta y metiéndome en él.

—Tenga usted la bondad de subir, Madame —dijo Monsieur Dessein, ofreciendo su brazo a la dama.

Y como en aquel preciso momento el criado de Monsieur Dessein hiciera a su amo seña de que quería hablarle, el posadero cerró la portezuela y nos dejó allí.

La cochera (*Calais*)

— **C'**est bien comique! Es divertido... —dijo la dama, sonriendo al pensar que era la segunda vez que nos hallábamos juntos y solos, debido a un montón de absurdas casualidades—. *C'est bien comique!* —repitió.

—Sólo faltaría, para que lo fuese del todo —dije yo—, seguir las cómicas costumbres galantes propias de los franceses: en el primer momento hacer la corte, y en el segundo, el ofrecimiento de su persona...

—Sí; ése es su fuerte —replicó la dama.

—Por lo menos así se supone —continué—, y no se cómo se ha llegado a esa creencia, pero lo cierto es que los franceses gozan de la fama ser más entendidos en cuestiones de amor y de saber enamorar mejor que ningún otro pueblo de la tierra; por mi parte, los encuentro torpes en extremo

y me parecen los peores arqueros que jamás hayan puesto a prueba la paciencia de Cupido.

—¡Pretender que el amor se hace con *sentiments!*

Sería como pretender que un vestido nuevo puede hacerse con los remiendos de otro viejo... Y eso de declararse, ¡plof!, a primera vista, es someter el ofrecimiento y el propio ser al frío examen de una persona desapasionada, capaz todavía de pesar y medir los *pours* y los *contres*...

La dama parecía aguardar que yo continuara.

—Considere usted, Madame —proseguí, poniendo mi mano sobre la suya— que la gente seria odia hasta el mismo nombre del amor; los egoístas por amor a sí mismos... Los hipócritas por amor de Dios... Y todos, jóvenes o viejos, vivimos diez veces más asustados que heridos por el verdadero amor... ¡Qué falta de experiencia en esta rama del comercio demuestra pues el hombre que deja salir de sus labios la palabra Amor sin que haya transcurrido siquiera una hora o dos desde el momento en que el silencio empezó a torturarlo! Una serie de pequeñas y discretas atenciones, no tan directas que puedan alarmar, ni tan vagas que pasen inadvertidas, acompañadas de alguna tierna mirada de cuando en cuando; y apenas una palabra escasa, o ninguna palabra en absoluto sobre el caso, dejan a la Naturaleza dueña y señora, y así puede disponer de la enamorada a su antojo.

—Entonces, yo declaro solemnemente —dijo la dama, sonrojándose— que desde el momento en que nos encontramos está usted cortejándome.

La cochera (*Calais*)

Regresó Monsieur Dessein a sacarnos del coche y a informar a la dama de que su hermano, el conde de L., acababa de llegar al hotel. A pesar de mis buenos deseos para con la dama, no puedo decir que mi corazón se regocijara, ni pude evitar el decírselo:

—Puesto que la noticia, Madame —expliqué—, es fatal para una proposición que iba yo a hacerle...

—No necesita usted decirme cuál —me interrumpió, poniendo su mano sobre las mías—; rara vez, amigo mío, piensa un hombre hacer una proposición amable a una mujer, sin que ella, momentos antes lo haya presentido.

—La Naturaleza le ha concedido esa arma, sin duda —dije yo—, para protegerla del peligro inmediato.

—Mas yo creo —dijo, mirándome a la cara— que nada

tengo que temer, y si he de ser franca con usted, le confieso que había decidido aceptar. Y si hubiera aceptado (aquí se detuvo un instante), creo que sus bondades me hubiesen inclinado a contarle una historia tal que, después de escucharla, la compasión hubiera sido el único peligro del viaje.

Dicho esto, me permitió que besara por dos veces su mano, y, con una mirada de ternura mezclada con cierta ansiedad, saltó del coche y me dijo adiós.

En la calle (*Calais*)

En toda mi vida he despachado tan deprisa un negocio de doce guineas; desde el momento en que perdí a la dama, el tiempo se me hacía pesado, y comprendiendo que cada minuto equivaldría a dos hasta que me pusiera en marcha, pedí enseguida los caballos de posta y me encaminé a la posada.

—¡Dios mío! —dije al oír que el reloj de la ciudad daba las cuatro. ¡Pensar que hacía apenas poco más de una hora que me encontraba en Calais!

¡Qué gran volumen de aventuras puede captar en tan breve espacio de vida el que se interesa en todas las cosas, y con los ojos bien abiertos a lo que tiempo y azar siempre le ofrecen, no desperdicia en su viaje nada de lo que sus manos pueden asir *honradamente!*

Si esta obra mía no resultara, otra resultará. Y ello, ¿qué más da? Es un ensayo sobre la naturaleza humana, y si obtengo por mis penas mi trabajo, ¿qué más quiero?; el placer de la experiencia agudiza mis sentidos y despierta lo mejor de mi sangre, dejando dormido lo más turbio.

Compadezco al hombre que viajando de Dan a Bershabé* exclama: «¡Todo es estéril!». Pues indudablemente lo es. Pero también lo es toda la Tierra para quien no sepa cultivar los frutos que ésta ofrece. Yo declaro, me dije, casi palmoreando de gozo, que, aun hallándome en un desierto, encontraría algo que despertara mis afectos. A falta de otra cosa mejor, el dulce mirto y el melancólico ciprés bastarían para hacer vibrar mis sentimientos; alabaría su sombra y les daría gracias por su amable protección; grabaría mi nombre en su corteza y les juraría que eran los árboles más encantadores del desierto; aprendería a entristecerme con ellos al caer sus hojas secas y a regocijarme con ellos también...

El sabio Smelfungus** viajó de Bolonia a París, de París a Roma y así sucesivamente, mas como padecía melancolía e ictericia, todo lo que veía le parecía descolorido y desfigurado. Escribió un relato de su viaje; pero no resultó sino el relato de sus miserables sentimientos.

* Ciudades que estaban situadas a ambos extremos de Judea.

** Se trata de Tobias Smollett, autor de *Viajes por Italia y Francia* (1766)

Encontré a Smelfungus en el gran pórtico del Panthéon. Acababa de salir y me dijo:

—*Esto no es sino una gran plaza para peleas de gallos.*

—Le deseo que no haya tratado peor a la Venus de Médicis —repliqué, pues al pasar por Florencia, que se había indignado con la diosa tratándola peor que a una vulgar ramera, sin que de parte de la diosa mediara provocación alguna.

Me topé con Smelfungus otra vez en Turín; regresaba a la patria y me hizo un deplorable recuento de sus espantosas aventuras: «Accidentes de viaje, por tierra y mar, caníbales que se devoraban unos a otros: los antropófagos, etc.». En cada lugar donde se había detenido, le habían desollado vivo, le habían torturado y martirizado más que a San Bartolomé.

—¡Se lo contaré al mundo! —gritaba.

—Hará usted mejor —le contesté— en contárselo a su médico.

Mundungus, dueño de una inmensa fortuna, dio la vuelta completa, y fue de Roma a Nápoles... de Nápoles a Venecia..., de Venecia a Viena..., y a Dresde, y a Berlín..., sin tener una sola impresión generosa, una sola anécdota agradable que referir. Había viajado en línea recta, sin mirar a derecha ni izquierda, no fuera que el Amor o la Piedad lo desviarán con sus encantos del camino trazado.

La paz los acompañe, si la encuentran; pues con tales caracteres, ni el mismísimo Cielo podría proporcionársela... Y aunque los más gentiles espíritus volando en alas del amor celebraran su llegada, aunque las almas de Smelfungus y Mundungus no oyeran más que nuevas antífonas de gozo, nuevos transportes de amor, nuevos plácemes por su común felicidad, yo les compadezco de corazón, pues no poseen aptitudes para gozar de tales dichas. Y aunque la más feliz mansión de los cielos se concediese a Smelfungus y Mundungus, lejos de ser allí felices, ¡las almas de Smelfungus y Mundungus penarían en ella por toda la eternidad!